

MEXICO AQUI Y ALLA. LA REVOLUCION MEXICANA BAJO LA MIRADA DE LA OLIGARQUIA ARGENTINA

Pablo Yankelevich

Hacia 1910, la matriz oligárquica del sistema político mexicano y argentino mostraba claros signos de agotamiento. En el primer caso, una insurrección armada selló la suerte del Porfirato. En el segundo, una reforma en el régimen electoral echó por tierra un orden fundado en el fraude y la exclusión.

El estallido revolucionario en México, resultó coincidente con la existencia de un sensibilizado clima político rioplatense. La oligarquía argentina se encontraba dividida y enfrascada en un debate que, en sus aristas más lúcidas, hacía explícito las críticas a una interpretación restringida del liberalismo vigente. El recorte del corpus liberal, celoso en el respeto de la doctrina económica, pero condenando lo político a un simple ejercicio de retórica, comenzó a operar como la suerte de "mala conciencia" en un sector de la dirigencia argentina claramente enrolado en la reforma del modelo político. Frente a estas posiciones, una fracción de corte conservadora, continuaba enarbolando banderas en defensa de un statu quo vigente desde 1880.

Por los intersticios de ese enfrentamiento, comenzaron a permear las noticias de una revolución en el otro extremo del subcontinente. Proponemos, entonces, dar cuenta de la lectura realizada por la oligarquía argentina del proceso que condujo a la caída del régimen porfirista. Esto es, analizar las miradas dirigidas a México, desde un escenario que atravesaba una crisis con similares orígenes que la mexicana, aunque no iguales dimensiones.

Para los gobernantes e intelectuales argentinos de principios de siglo, México aparecía lejano y desconocido. Sólo el brillo de las antiguas civilizaciones precolombinas era objeto de interés para los fundadores de la arqueología y antropología rioplatense.

La realidad mexicana emergía como parte de reflexiones generales sobre América Latina, y de manera ocasional, su especificidad era exhibida en algunos escritos diplomáticos.

En 1903, Carlos O. Bunge publicó *Nuestra América*. La obra pronto alcanzó una dimensión continental, para convertirse en un clásico del darwinismo social latinoamericano. Bunge, preocupado por explicar la fenomenología del caudillismo y las dictaduras hispanoamericanas, se abocó a una tarea de disección psicológica de cada uno de los grupos étnicos que poblaban el subcontinente. Bunge elevó las características de "pereza, tristeza y arrogancia",¹ a categorías explicativas de la incapacidad política y la "patología social" de los latinoamericanos. La

¹ Carlos O. Bunge, *Nuestra América. Ensayo de psicología social* Ed. Casa Vaccaro, Buenos Aires, 1918, p. 111.





"psicología criolla". asentada sobre esas categorías, permitía comprender la aparición de los caudillos, y entre ellos, a manera de caso "clínico", nuestro autor dedicó un apartado especial a Porfirio Díaz.

A diferencia de otros "caciques" latinoamericanos de neto corte "retrógrado", como Rosas en Argentina, o García Moreno en Ecuador, Díaz emerge como el "cacique estadista". En una sociedad "mayoritariamente indígena", Bunge se preguntaba: "¿Puedese hacer de tal pueblo una democracia? ¿Es posible hacer una raza republicana de la raza india? Evidentemente no, y el dilema es éste: o tiranía, único medio de mantener el orden, o el desorden. Díaz optó por el orden y, dentro del orden realizó el progreso".² El gobernante mexicano era el responsable de una vasta obra de "civilización material", pero se lo acusaba del "atraso moral" de su pueblo. Atraso, que según Bunge, no era responsabilidad del dictador, sino de la raza y el medio, de los cuales era producto el mismo Díaz.³

Si para Bunge la solución de los males de la "política criolla" pasaba por la europeización de las sociedades hispanoamericanas, el juicio final sobre Díaz no fue del todo elogioso.

No obstante considerarle un buen gobernante criollo, me temo que un verdadero estadista a la europea no habría jamás procedido como él. El lema "poca política y mucha administración" lo emite un déspota, que para mantenerse en el poder, por

² *Ibidem* p. 308

³ *Ibidem* pp. 310-311

*la pasividad de su pueblo, ya no necesita hacer política [...] En otros pueblos, menos resignados, más europeos, tal lema sería siempre una farsa: la farsa de los zares.*⁴

Con Europa como referente, la dirigencia del país más europeo de América Latina miraba a México. Bunge sistematizó una serie de creencias y reflexiones, ampliamente difundidas y compartidas por buena parte de la élite gobernante y su círculo de intelectuales.

En 1904, Ernesto Quesada publicó sus *Recuerdos de mi vida diplomática*. En ellos, a manera de crónica de viaje, el autor dejó constancia de lo que Bunge había convertido en objeto de estudio. Acompañado de Francisco Sosa, Quesada recorrió la ciudad de México:

*es visible en todas partes y bajo distintos aspectos, las ruinas aztecas de los monumentos indios que parece conserva, como guardianes empobrecidos la numerosa población india, que es actualmente la mayoría de los obreros: pudiendo observarse sin grande esfuerzo, que hubieron razas diferentes, tan claramente se marca el sello de la esclavitud secular, de la ausencia de voluntad personal y de fatalismo abyecto, en los que por la embriaguez del pulque [...] se olvidan penas. Los indios no tienen idea de mejorar su posición, les falta nervio para emanciparse de la inferioridad tradicional que los vio nacer y les verá morir por generaciones de generaciones.*⁵

Un panorama caracterizado por el escaso interés en México comenzó a modificarse cuando irrumpió el fenómeno revolucionario. Las informaciones de una revolución que derrumbaba la alabada solidez del Porfiriato, rápidamente se convirtieron en noticias dignas de ser reproducidas por la prensa capitalina.

La renuncia de Porfirio Díaz fue conocida en Argentina a través de las noticias transmitidas por los cables internacionales. A partir de ellos, los editorialistas de los principales diarios lan-

⁴ *Ibidem*, p. 313.

⁵ Ernesto Quesada, *Recuerdos de mi vida diplomática*, s. e., Buenos Aires, 1984, p. 68. Quesada fue ministro plenipotenciario de Argentina ante Estados Unidos y México entre los años 1865 y 1892

zaron sus primeras interpretaciones. *La Prensa* inmediatamente tomó partido por lo que llamó "la causa republicana". Discriminó la obra material del gobierno de Díaz, del régimen político al que condenó:

Discutida ha sido la personalidad del mandatario, que durante treinta años ha gobernado México haciendo irrisorias las prácticas republicanas. Es muy difícil juzgarlo con un criterio desapasionado, pero no puede dejar de reconocerse, que ha sido un gran carácter, y que ha realizado grandes y positivos progresos a su patria. [...] La revolución ha terminado y con ello comienza una nueva era para México. La renuncia del presidente importa un gran triunfo para la democracia [...].⁶

La Nación, vocero del sector más conservador de la elite dirigente, mostró una opinión cauta. Condenó las modalidades tiránicas del

régimen, pero hizo votos para que el porfirismo no muriera, sobre todo, por los hombres de valía que podían colaborar con el nuevo gobierno:

Si la paz se afirma, si la libertad encuentra garantías, si el progreso continúa, querrá decir que el general Díaz ha caído por no haber comprendido a tiempo que le había llegado la hora del retiro. Si ocurre lo contrario, quizá habrá que reconocer que no se equivocaba, al creer necesario el régimen que durante tantos años impuso al país.⁷

La opinión de los voceros principales de la elite argentina se asentaba sobre débiles bases empíricas. Pero la solidez de sus posturas ideológicas, unidas a un conocimiento marginal de la realidad mexicana, permitieron articular estas primeras aproximaciones. Los análisis aparecían centrados en la personalidad, cualidades y defectos de Díaz: héroe en la lucha contra el invasor francés, estadista en materia de crecimiento económico, pero tirano como gobernante.

Con sorprendente rapidez, pocos días después de la renuncia de Díaz, la necesidad de una reforma política en Argentina era analizada a la luz de los acontecimientos mexicanos. *La Prensa* dedicó un largo editorial titulado "México, aquí y allá", intentando demostrar "el ejemplo que da México a las democracias del mundo". El orden político mexicano servía de excusa para criticar a los llamados "gobiernos dinámicos que dominan con la fuerza y corrompen con los favores y el dinero". Los

gobiernos dinámicos "dividen a la clase dirigente para anularla, disolviendo los partidos políticos. Mantienen en la ignorancia a las masas para dominarlas. Prodigan dádivas y favores en el ejército para unirlo a su suerte, y enriquecen al pueblo y a las clases cultas, para degradarlas y convertirlas en adherentes sensualistas [...]". En una hábil maniobra de liberalismo político y fe republicana, el periódico señaló: "Los pueblos no son comparables a los cerdos, cuya única función es engordar. Los grandes pueblos desdennan el engorde, si ha de costarle la libertad. Restablecerla en México, tal es la misión de la triunfante revolución. El presidente dinámico, ha caído ahogado por su propio sistema". Meses antes de la modificación de la legislación electoral argentina, la Revolución Mexicana servía de ejemplo para un sector de la dirigencia enrolada en la reforma del orden político:

Ved el sistema que cae en México [...] ¡He aquí el ideal de gobierno fuerte recomendado a la República Argentina durante treinta años, como base mejor de su riqueza, sistema que lucha todavía para

⁶ *La Nación*, Buenos Aires, 19 de mayo de 1911.

⁷ *La Nación*, Buenos Aires, 20 de mayo de 1911.



*restaurar su imperio protestado constantemente por el pueblo [...]! Ved al heroico pueblo de Juárez, amenazado por una larga anarquía, y con su independencia otra vez comprometida. ¡He aquí los frutos finales de sistema cuya eliminación fundamental en la política argentina corresponde a la presidencia y a las generaciones de patriotas de la actualidad!*⁸

En su conjunto, la elite argentina compartió una percepción que privilegió los defectos del régimen mexicano. Sin embargo aquellos defectos, dependiendo de quien los esgrimía, servían para legitimar o no el cuestionado orden político nacional.

La dirigencia rioplatense tuvo un observador en México. Se trataba del cónsul Pedro Goytia, quien desde 1911 mantuvo una ininterrumpida correspondencia con su cancillería. Las opiniones de Goytia resultan reveladoras. En ellas se hace manifiesta la lectura que, de la Revolución Mexicana, hizo el segmento de más recalcitrante militancia conservadora.

Las tres décadas de gobierno porfirista, el perfil despótico del presidente Díaz, y la flagrante violación de las leyes, fueron señaladas por el cónsul como las deformaciones de un ordenamiento político necesario para guiar a México por el camino de la civilización:

*Díaz gobernó el país y lo gobernó relativamente bien para esa época azarosa de la vida nacional. Fue fuerte en el gobierno, como sin duda debía serlo en esa hora anormal [...] Su poder y su prestigio fueron creciendo, y el país encarrilándose por la vía del orden[...] Al pueblo, por otra parte, la opresión no le molestaba, porque su condición y su abandono por todo lo que constituyera un derecho o un ejercicio de la libertad, como los desconocía no los amaba, ni sentía la pérdida de un bien que nunca había disfrutado. Esa es la razón de su apatía, que contribuía al arraigo del despotismo.*⁹

Un sólido sustrato indígena invertibraba cualquier proyecto civilizatorio de corte democrático, "porque ha de saber Ud. —señaló Goytia al canciller argentino— que de catorce millones de habitantes que tiene México, nueve millones son indios, dos millones extranjeros y, tres millones gente más o menos civilizada".¹⁰

La "anarquía", que constató en esos años de su estancia en México, se le figuraba como un retroceso a décadas preporfirianas. La figu-

ra del "caudillo-estadista", con ciertos comportamientos "despóticos", aparece resignificada. Goytia finalmente se inclinaba por el orden porfiriano:

Aquel mandatario conocía a su pueblo, y sabía que no merecía, sino en pequeñas dosis, la inapreciable facultad de la libertad. Y así se la otorgaba y se la suprimía, cuando del uso quería pasar al abuso. Mientras tanto, el orden se mantenía inalterable, y el progreso derramaba sus beneficios en todos los ámbitos de la Nación."

En clave de neto corte positivista, el hecho revolucionario fue descalificado, al margen de las características asumidas en México, y de las cuales dio detallada cuenta. La Revolución Mexicana interrumpía la lenta, pero segura marcha hacia "el perfeccionamiento del organismo social". Por ello, Goytia señalaba

¹¹ *Ibidem*, 7 de julio de 1912, foja 40 bis.



⁸ *La Prensa*, Buenos Aires, 30 de mayo de 1911.

⁹ Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina. Sección Política. México 1910-1913, Goytia, 20 de mayo de 1911, fojas 95 y 96.

¹¹ *Ibidem*, foja 98.



que con "la revolución entró el país en el periodo más grave de su historia [...] La revolución ha triunfado, pero la evolución es superior a la preparación del país para el ejercicio de la vida institucional".¹²

Por su parte, la prensa "seria" de Buenos Aires siguió los sucesos mexicanos, sin más información que la transmitida por los cablegramas provenientes de los Estados Unidos. Las noticias de levantamientos armados y permanente inseguridad, pronto llevaron a *La Nación* a celebrar la validez de la cautela observada meses antes. Frente a la insurrección de Vázquez Gómez y la de Orozco, un editorialista afirmaba:

*La revuelta da ocasión a lamentables hechos de violencia, anunciando la profecía de quienes anunciaban que con la caída del gobierno de Díaz renacería en México el audaz y sanguinario bandolerismo, que sólo la férrea mano del General pudo dominar.*¹³

¹² *Ibidem*, 20 de julio de 1911, fojas 100 y 104.

¹³ *La Nación*, Buenos Aires, 9 de enero de 1912.

Mientras tanto, *La Prensa* continuó depositando esperanzas en el movimiento liderado por Madero. Este periódico interpretó los desórdenes como la consecuencia lógica de un proceso revolucionario en el cual

*es muy difícil cambiar en un día lo hecho durante seis lustros [...] Hoy los servidores incondicionales de Díaz, acostumbrados a disponer de los destinos públicos, son los revolucionarios. Los hombres acostumbrados al mando no quieren comprender que los tiempos y las necesidades de los pueblos cambian.*¹⁴

A inicios de 1913, para los analistas argentinos, México comenzaba a ser motivo de especulaciones alrededor de una eventual invasión norteamericana. Los permanentes levantamientos militares, el estado de indefensión de ciudadanos y propiedades estadounidenses, ocupaban buen espacio en las páginas editoriales de la prensa. La versión de un supuesto financiamiento norteamericano a Madero llegó también a ser noticia. Para *La Nación*,

la intervención militar estadounidense se demoraba "por la circunstancia de tener el gobierno del Sr. Madero, muy estrechas vinculaciones amistosas con Washington".¹⁵ La opinión de *La Prensa* no era muy distinta. Si bien daba cuenta de la lucha entre compañías petroleras inglesas y norteamericanas por ganar el favor de Madero, agregando que existía la sospecha de que el Presidente y su hermano Gustavo habían recibido una fuerte suma de dinero de la Standard Oil Company, para el editorialista estos hechos confirmaban que "los Estados Unidos tienen buena cuota de responsabilidad en los lamentables sucesos que se desarrollan en México por su política de financiar insurrecciones promovidas por capitalistas norteamericanos a costa de la tranquilidad del país".¹⁶

Producida la asonada militar de Huerta, cuando entre la confusa situación llegaron los cables anunciando la renuncia de Madero y Pino Suárez, *La Nación* arriesgó una opinión que a los pocos días debió rectificar. Para ese diario, la renuncia de los mandatarios mexicanos era "una tranquilizadora noticia" en tanto que el nuevo gobierno, de cuño porfirista, reuniría a los mejores hombres, "los que seguramente habrán sacado alguna experiencia de los sucesos acaecidos en el país desde 1910, y no han de pretender restaurar el porfirismo, sino en lo que tenía de bueno".¹⁷ Conocida la noticia del asesinato de Madero y Pino Suárez, el conservadurismo de *La Nación* no pudo sino aceptar

¹⁴ *La Prensa*, Buenos Aires, 1 de enero de 1912.

¹⁵ *La Nación*, Buenos Aires, 1 de enero de 1913.

¹⁶ *La Prensa*, Buenos Aires, 10 de febrero de 1913.

¹⁷ *La Nación*, Buenos Aires, 15 de febrero de 1913.

la versión oficial, "aunque sea piadosamente", para después señalar con decepción: "el porfirismo no ha cambiado de procedimientos. Hoy es el mismo que ayer".¹⁸

El contrapunto desde el discurso de la elite correspondió a *La Prensa*, que no vaciló en calificar los hechos como "un vil asesinato".¹⁹ Este diario, siempre atento a los sucesos mexicanos, y sin perder de vista su preocupación por la realidad argentina, pocos días después de la "Decena Trágica" publicó un largo editorial intentando comparar la suerte política de las dos naciones.

El derrocamiento de Madero se explicaba como la consecuencia del "despotismo manso ejercido por Porfirio Díaz, cuyo programa: poca política y mucha administración, remedado por nosotros con la frase 'Paz y Administración', hizo que los hombres nacidos durante el cuarto de siglo se criaran fuera de la escuela de la libertad". Las décadas del Porfiriato servían de plataforma para criticar el sistema político nacional:

...nosotros, como México, hemos soportado, a partir de 1880, gobiernos que sintetizaron su programa en el mantenimiento del orden [...], y fundaron su único título a la gratitud pública en los progresos materiales. Para mantener el orden, y partiendo del falso concepto de que las responsabilidades gubernativas son idénticas a las de un gerente de una casa de comercio, persiguieron y encarcelaron a los adversarios, confiaron al fraude, a los acuerdos, a los consejos de notables, el mantenimiento de la política.

México, para *La Prensa*, era una voz de alerta, "un ejemplo que debe aleccionar a nuestros mandatarios y decidirlos a una reacción fundada en el honor nacional y en el patriotismo colectivo".²⁰

Para lo más granado del liberalismo político argentino, "la tragedia mexicana" no se perdía como un dato más en el convulsionado mundo de la preguerra. Por el contrario, la Revolución Mexicana hacía las veces de espejo, útil para reclamar un irrestricto respeto a las reformas electorales sancionadas en 1912.

El desembarco norteamericano en el puerto de Veracruz en abril de 1914 colocó a México en las primeras planas de la prensa periódica de Buenos aires. Pero la participación del gobierno argentino en las conferencias de Niagara Falls desplazó el interés por los asuntos internos mexicanos hacia aquellos de índole internacional, en los que ahora se veía envuelta la misma cancillería de Buenos Aires. Así, la



oferta de liquidar pacíficamente las diferencias entre México y Estados Unidos llevó a buena parte de la prensa argentina a ponderar la importancia de la empresa mediadora. Desde vertientes distintas, la mayoría de los diarios condenaron la invasión norteamericana, aunque no todos apoyaron la gestión de "buenos oficios".²¹

El estallido de la Primera Guerra Mundial y la confianza depositada en el "feliz resultado" de la mediación fueron diluyendo la presencia de México en las planas del periodismo oficial. Mientras tanto, el "régimen" argentino recorría los últimos años de su existencia. Una crisis profunda corroía el entramado del sistema político. La reforma electoral de 1912 iba a ser puesta a prueba por primera vez en elecciones presidenciales. La Unión Cívica Radical se preparaba para la contienda, mientras en el interior de la elite se hacían evidentes las dificultades para garantizar cierta continuidad. Un estilo de conducción generado al amparo

¹⁸ *Ibidem*, 24 de febrero de 1913

¹⁹ *La Prensa*, Buenos Aires, 24 de febrero de 1913

²⁰ *Ibidem*, 27 de febrero de 1913

²¹ Véase Pablo Yankelevich, "Un pretendido Destino Manifiesto. La diplomacia argentina y la Revolución Mexicana, 1910-1914", en *Eslabones*, número 2, SONEA-Universidad de Colima, México, enero de 1992.

del fraude, debía ahora mostrar su eficacia en un escenario trastocado: elecciones libres con voto secreto y obligatorio.

La fecha de las elecciones se aproximaba, y aquella vieja elite, dividida y enfrentada, no podía llegar a un acuerdo respecto a los nombres de sus candidatos. Ante los problemas para crear una fuerza homogénea capaz de hacer frente al irigoyenismo, algunos sectores de la dirigencia alentaron esperanzas en abandonar el camino del reformismo. La tentación era grande. Se trataba de volver a viejas prácticas clientelares donde el Presidente de la Nación, convertido en gran elector, intervenía en el proceso electoral a fin de garantizar cierto grado de consenso en el procedimiento para la elección del sucesor.

Para el ala "reformista" de la oligarquía argentina, la realidad mexicana constituyó, de nueva cuenta, un obligado punto de referencia. El periódico *La Prensa*, por la vía de la analogía, analizó la situación nacional. Mirar al régimen porfirista y a la subsecuente revolución, dio pie para reflexionar sobre dos

sistemas políticos que, en iguales fechas y en la opinión del editorialista, "vivían una crisis final".

Argentina y México padecían la herencia de los "regímenes personalistas". Y estos mostraban su incapacidad en los "momentos de transición", es decir, ante el desafío de enfrentar una apertura del modelo político a través del "establecimiento de un régimen comicial de efectiva práctica republicana". Ambos países se encontraban en una crisis que reconocía el mismo origen, pero que se expresaba de manera distinta:

Son evidentes los puntos de contacto entre la situación mexicana y la nuestra. Implacable, belicosa la una, esencialmente pacífica la otra, ambas se revuelven profundamente desconcertadas e impotentes para resolver su problema [...]. Allá se traduce en el más horrendo de los desgarramientos conocidos en tiempos modernos, como si cada uno conceptuase necesario matar a sus adversarios, para que quede vivo el único que ha de mandar la nación. Aquí, la anarquía sucedánea a la desorientación, es mansa, amanerada, repugnante, pero igualmente incapaz de producir soluciones [...].²²

La incapacidad de la elite argentina para articular una propuesta política nueva, acorde con una también nueva situación, era muestra de que "los porfirios argentinos no se preocuparon de sus sucesiones testamentarias, y lo mismo que las huestes mexicanas, cruzan sus armas por debajo del nivel de los destinos de la Patria, ensayando rutas que los desvían de las grandes finalidades de los pueblos constituidos".²³

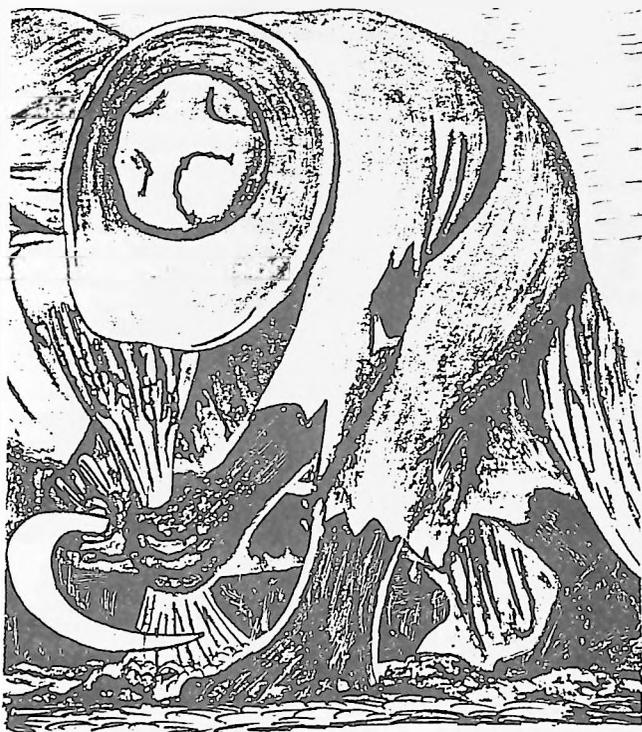
La Prensa exhortaba al Ejecutivo nacional a respetar el juego democrático, absteniéndose de participar en él. El Presidente, que auspició "la pacificación de México, tiene la oportunidad de reparar en su país, los estragos de un legado análogo al mexicano". De igual forma "que condena en México toda intervención extraña, tiene la obligación de trasladar a la política interna los mismos preceptos que proclama en política internacional, esto es: respetar la soberanía del pueblo argentino".²⁴

Finalmente, la tentativa intervencionista en el proceso democratizador debió abandonarse por la presión opositora y por la proveniente de un sector de la propia dirigencia. Los gobernantes argentinos cumplieron los compromisos asumidos y fueron derrotados en las elecciones de abril de 1916. Así, una "revolu-

²² *La Prensa*, Buenos Aires, 15 de agosto de 1915.

²³ *Ibidem*

²⁴ *Ibidem*



ción por los comicios", como fue bautizada por un apologista del "reformismo",²⁵ clausuró tres décadas de dominio oligárquico en Argentina.

En una afirmación, quizá exagerada, el historiador norteamericano Thomas Mac Gann indica que la reforma electoral argentina "salvó al país de una revolución",²⁶ y cuando dice "revolución", Mac Gann piensa en el caso mexicano. Resulta difícil imaginar un escenario argentino envuelto en una guerra civil con las dimensiones que aquélla alcanzó en México.

La dirigencia argentina, consciente de la explosividad del reclamo democratizador, aceleró los trámites conducentes a una modificación del régimen comicial. Sin embargo, sería erróneo suponer a este proceso como sólo producto de una concesión en respuesta a una exigencia de sectores marginados de la arena política. Esta presión existió, pero, además, quedó instalada en un terreno convenientemente abonado por un segmento de la propia dirigencia que explicitaba sus críticas a los defectos del sistema político.

Desde esta perspectiva, cobra sentido la atención puesta a la caída del Porfiriato. La Revolución Mexicana sirvió de ejemplo para defender mejor posiciones reformistas. Los sucesos de México permitieron externar, a través de las analogías, una aguda reflexión sobre los males nacionales. La dirigencia argentina, en su más lúcida vertiente liberal, miró a México y a su revolución como la manifestación más "dramática" de la tradición a un liberalismo compartido y fundacional.

Por otra parte, desde el discurso de esa elite reformista y en su acercamiento a México, resulta notable la desaparición del prejuicio

racial. Esta significativa omisión está lejos de significar un verdadero abandono del prejuicio, máxime si procede de una dirigencia orgullosa de sus logros en materia racial, producto de un promovido y deseado aporte inmigratorio europeo. Este dato, ¿fue olvidado por los redactores y editorialistas de *La Prensa*?, ¿las reflexiones de Bunge quedaron desechadas al punto de confiar ahora en las posibilidades regeneradoras de un proyecto democrático con independencia del factor racial? Honestamente creemos que no. La ausencia del componente étnico en los análisis de *La Prensa* podrían explicarse por una lectura mucho más interesada en la política nacional, que en lo que efectivamente sucedía en México. Esto es, la mirada se dirigió para dar respuestas a conflictos que no cuestionaban el paradigma civilizatorio argentino, en un medio, además, donde el problema racial había desaparecido como preocupación central de sus gobernantes.

Bajo estos parámetros, la Revolución Mexicana dejó su huella en la política oficial argentina para, a pesar de la distancia y lo distinto, intentar enderezar las imperfecciones de un modelo oligárquico en crisis tanto "allá como aquí".

²⁵ M. A. Cárcano, *Sáenz Peña*, Eudeba, Buenos Aires, 1963.

²⁶ Thomas Mac Gann, "La Argentina y los Estados Unidos. 1880-1914", en *Argentina del Ochenta al Centenario*, Sudamericana, Buenos Aires, 1980, p. 665.